

LA VENGANZA DEL INFIERNO

Los cielos sonrieron ante tan gloriosa caricia luminosa. La verdad se abría paso y el silencio se imponía soberano.

Buda se incorporó y, cuando se disponía a dar su primer paso, se oyó un terrible crujido en el abismo. Las entrañas de la Tierra se conmovieron, el viento aulló espantado y los animales huyeron despavoridos.

Se vieron masas de sombras, se sintieron pisadas metálicas de gigantescos centauros y se escucharon sibilantes ecos de monstruosas serpientes. Poderes ignotos lo atacarían despiadadamente. Buda tendría que enfrentarse solo a las soberbias potestades tenebrosas y contaba únicamente con el escudo de su inquebrantable voluntad.

Mara, el poderoso genio del mal, artífice de las más grandes infamias, el amo y señor del mundo de los sentidos, había sido humillado por un hombre. De sus ojos de fuego salieron negras y chispeantes lágrimas de carbón.

Había fracasado con su mejor arma –la falsa y venenosa adulación–. Nunca jamás hubo tanta ira en los infiernos. Asquerosas larvas se retorcieron de rabia y escupieron lava.

Mara ordenó, entonces, a todas las huestes demoníacas que se lanzaran juntas y utilizaran las más torcidas traiciones conocidas contra el Iluminado. Las criaturas del bosque huyeron aterrorizadas, habían olfateado la horrra del infierno.

Buda presintió el malévolos ataque. Ningún ser vivo tenía la talla de enfrentarse a tan horripilantes criaturas.

Y así, como los fornidos robles no pueden hacerle daño a la tímida violeta que duerme tranquila cerca de sus tenaces raíces, así Buda se sentó en posición de loto y esperó tranquilo, sereno y sin asustarse, al poderoso enemigo que lo acechaba.

Mara sopló la caracola infernal y comenzó la sucia guerra supra-terrena: Súbitamente, un asfixiante olor a azufre contaminó el ambiente y se sintieron ruidos subterráneos. Se escucharon cascos de plomo que chocaban contra las piedras.

Emitiendo alaridos metálicos estremecedores y profiriendo blasfemias indescifrables, todas las horridas huestes infernales, con sus viscosas alas, zumbaron alrededor del Perfecto y lo amenazaron.

Monstruos con patas de insectos y branquias sanguinolentas salían de los pliegues de las sombras.

Poseían cuernos nudosos; sus cráneos abultados; sus mandíbulas rechinaban chispas que incendiaban el aire. Se sintió el hedor del miasma más hediondo que existe.

El alma del más fuerte guerrero se hubiera congelado y el corazón del más osado luchador se hubiese desprendido, ante la formidable arremetida del infierno en pleno, con el ejército más temido y numeroso del Universo, aquel que siempre ha ganado en la jungla de la ignorancia.



Allí se encontraba Tarok, rey de la superstición y de los tenebrosos ritos de magia negra. Es quien reina en los corazones tortuosos y en las almas insaciables quienes engañan adivinando el futuro por medio de cartas y humos astrales.

Todas las huestes infernales se dejaron venir en brutal estampida contra un solo hombre. Buda permaneció impasible; estaba completamente preparado. Sabía que los fantasmas asustan más de lejos que de cerca, entonces los dejó venir.

Se desató entonces una tempestad furibunda que azotaba despiadadamente desde todos los ángulos. Los montes se desencajaron de sus cimientos y relámpagos cegadores proclamaban su fuerza en la aterradora noche.

Primero atacaron Aratyraga y Tizna, las putrefactas larvas de la burla y la humillación, expertas en suscitar odios y rencores y en debilitar almas santas. Con escupas, insultos, groserías, y profiriendo blasfemias sin nombre, se atrevieron a dar el primer zarpazo. Con voces de ultratumba le aseguraron al Venerable:

—Eres un falso profeta, te equivocaste de camino; te crees un dios y eres un sucio, débil y andrajoso mendigo y no podrás dar un paso más.

Buda, por más que lo instigaran, podía elevarse por encima de cualquier tormenta y salirse por el ojo del más violento huracán. Sabía que a groseros insultos los repele el sabio silencio; los castigó con la indiferencia.

Las asquerosas larvas parecían rasgar el aire con sus ponzoñas y se cansaron de escupir sólidas blasfemias. Sangre negra comenzó a salir por sus fauces monstruosas, vomitaron sus intestinos, y, entraron en tal rabia, que murieron en ella.



LA VOLUPTUOSIDAD

Luego atacaron Kamat y Xeson, los brutales demonios del vicio y la corrupción, esgrimiendo las más enconadas pasiones y degradaciones posibles tratando de tentar al Santo. En realidad se trataba de espectros abominables y fieros.

Pero esta vez se presentarían fascinantes luciendo las más bellas y encantadoras formas femeninas del Universo.



Se escuchó en el ambiente una música lasciva que acompañaba un canto de sirenas invisibles.

Luego aparecieron, hermosas, con sus cuerpos bronceados en el infierno, y, desnudas, comenzaron a danzar voluptuosamente frente al Perfecto creando en el ambiente ondas rojas de pasión.

En medio del frenético y sensual baile, le dijeron a Buda:

—Ven joven príncipe, Somos las más bellas flores del jardín de Kama. No querrás perder de nuestras bocas rojas y encarnadas ni una sola gota de dulzura.

—Somos expertas en caricias pegajosas; ven y haremos jugo de amor al juntarnos; sentirás un placer tan grande que ni los dioses han logrado disfrutar—. Buda les respondió:

—Pero eso es lo que produce el dolor tan grande que ahora ustedes casi no pueden soportar.

Los hombres no ven el dolor donde está el placer, así como el pez no ve el anzuelo donde está el cebo. He visto la belleza desde otro ángulo...

—Rostros tan perfectos como el lirio, bocas de rosa, senos palpitantes y perfumados, todos se corroen y se pudren al toque de unos cuantos años.

¡Qué poco dura el esplendor de una forma tentadora! Así que por el placer de servir a una rosa no vale la pena hacerse merecedor a la punzada de mil espinas.

El santo no necesitó pronunciar más palabras. Un rojo furor se encendió en los demonios cuando la verdad exhaló su perfume de ambrosía. Las irresistibles formas femeninas se fueron deformando.

La suave piel que les daba su apariencia se arrugó; aparecieron purulentas y malolientes llagas, y, dando grotescos saltos, cayeron en un negro abismo de miserias sin fin donde murieron desesperadas.

Horrendos gusanos hicieron un festín con los cadáveres y desaparecieron en la Tierra. Buda, en un breve lapso, contempló el principio, el apogeo y el fin de toda carne.

MALIGNA



Al ver las frustraciones anteriores, Mara cambió de estrategia y soltó a Maligna, la bruja hechicera del “yo”. Aquella maga terrorífica que hace creer a los hombres que son entes individuales.

Aquella hábil, mentirosa y embustera que nos susurra a toda hora que estamos separados de los demás y logra que nos interese en lo nuestro y olvidemos las otras partes que son nuestros semejantes: los animales, las plantas y los elementos.

Maligna es la traicionera reina del prestigio que esclaviza a los hombres obligándolos a conseguir más de lo que necesitan hasta dejar a otros sin oportunidades, sólo para engrandecer su estima.

Deben saber los codiciosos que todo el oro del mundo pasa primero por las asquerosas manos de aquella bruja maldita. Es ella que nos impulsa a ser diferentes, prestigiosos, señores respetables y poderosos. Por eso, cuando el hombre dice “yo”, es maligna quien habla.

Datos estadísticos nos revelan que la palabra más pronunciada, en todos los idiomas, es “yo”; le siguen “mí” y “mío”. Evidentemente “yo” es una palabra pequeña que encierra un egoísmo muy grande.

Maligna se presentó ante Buda tal como era: Un abominable fantasma de las cavernas abismales. Comenzó elaborando sucios encantamientos y podridas hechicerías, en medio de densos humos agitados por vampiros y escorpiones alados que apuntaban sus ponzoñas contra el santo.

La maga de fuego lucía un traje tejido con gusanos fosforescentes y babosos.

En su cabeza se enroscaban serpientes de múltiples colmillos; además, tenían cuernos puntiagudos y venenosos. Con esos atavíos obtenía su prestigio en el infierno.

Ella es la que en la Tierra induce a ostentar costosos trajes y atuendos hechos de plumas y pieles de animales sacrificados por quienes se hacen candidatos al infierno.

Cuando se dirigió hacia Buda, pronunció fórmulas extrañas; hizo aterradores conjuros y fingió cultura, como la fingen los déspotas antes de traicionar a sus adversarios.

Comenzó con palabras lisonjeras, —dulces en su sonar, mortíferas por su veneno—. Imperiosa y fascinante así habló:

— ¡“Gran Maestro de maestros”, tu esencia es única, ninguno como Tú!

Antes que pudiera continuar, Buda le replicó: —No es así... muchos Budas fueron antes que yo y muchos lo serán después. Mas todos vienen de la misma esencia y enseñan la misma verdad.

—No sobresaldrá el uno más que el otro ya que sólo existe la unidad. Yo libraré a los hombres del engaño que tú logras con tus hechicerías y supersticiones. Nadie es más que el polvo que pisa, pues del polvo emergió y volverá a él.

—Porque no es la Tierra la que pertenece al hombre, sino que el hombre es quien le pertenece a La Tierra.

¡OH!, Maligna —Terminó diciendo Buda—: Eres una sombra espesa que empaña la luz espiritual de este mundo.

Al notar la bruja que fue descubierto su ardid de mentiras, bramó desesperadamente, **fue recriminada por el mismo Mara** quien la empujó a una paila ardiente en la cual había preparado un brebaje con sapos, desechos de ratas, cráneos abiertos de demonios y toda clase de inmundicias que representaban las diferentes fantasías con las cuales engañaba a los hombres para hacerlos creer superiores a la planta, al insecto o a sus semejantes.

Los hombres ven el mundo a través de un prisma tallado por Maligna pero Buda no quiso mirar por él.

Víctima de su propia trampa la bruja del prestigio se deshizo en sus menjurjes y todo desapareció en un denso y maloliente humo. Buda permaneció impassible y no fue molestado más por las potestades tenebrosas... al menos en ésta ocasión.



Mara adoptó la forma de un pez terrorífico y, para refrescar su ira, se bañó en una monstruosa catarata de sangre que se desplomaba por un abismo infernal. En tanto hecatombes de demonios desesperados se escondían en los pliegues de las tinieblas.

La majestad de la noche había sido profanada por feroces titanes. El bosque estaba sollozante, detonaciones espantosas habían quebrado la voz del viento, y hasta las tinieblas estaban enojadas por tanto estrépito.

www.magnumastron.org